
CAPITULO I.

La leyenda de la Mujer Muerta.

A diez y seis leguas de Madrid, en la Sierra de Guadarrama, sobre una eminencia, hay un lugar que se llamaba y se llama aún, la Puebla de la Mujer Muerta.

Un alto cerro que lleva y llevaba este mismo nombre domina á alguna distancia al lugar.

Hácia el Mediodia se eleva la peña de Cabra.

Al Norte se levanta el collado de la Cruz, y al Nordeste el collado de las Palomas.

Cuando la primavera viste con sus verdes galas el suelo, los horizontes de la Puebla de la Mujer Muerta son encantadores.

Multitud de arroyos fecundan pequeñas vegas, ó mejor dicho, pequeños espacios de llanu-

ra que se encuentran entre la accidentacion múltiple y gradual del terreno.

Las cumbres que más ó ménos pronunciadas se levantan acá, allá, por todas partes, determinan con sus siluetas bellos rompimientos, y hácia el Norte y el Nordeste las montañas azules de Somosierra completan un efecto de todo punto pintoresco.

En aquellos tiempos apartados, en la cumbre del cerro de la Mujer Muerta, habia un fuerte castillo, una de aquellas fortalezas que por todas partes donde se encontraban se apellidaban la Guardia, porque estaban sobre una frontera dominando un paso.

En efecto, el cerro de la Mujer Muerta está en la frontera ó en el límite que divide aún de la provincia de Madrid, la de Guadalajara.

El paso por este punto de estas dos provincias, ó de las dos antiguas jurisdicciones de aquel tiempo, está entre el cerro de la Mujer Muerta y el inmediato collado de las Palomas.

Los cristianos habian avanzado en su lucha de reconquista sobre el walicato moro de Madrid, y el castillo de la Mujer Muerta habia caido poco tiempo ántes de la fecha de nuestro relato en poder de los escuderos del Cid, que le habian tomado á escala franca.

El buen Rodrigo Diaz de Vivar habia hecho alcaide de este castillo, en nombre de Alfonso VI, al buen Pero Cantueso de la Redondela, castellano viejo probado en lides, y uno de los escuderos más calificados y más bravos del noble Cid Campeador.

La Puebla, situada á los piés del cerro, habia sido tambien tomada é incendiada, á causa de la brava resistencia que habian hecho sus moradores.

Habia quedado, pues, reducida á escombros.

Los habitantes habian sucumbido al hierro, ó perecido entre el incendio.

Nuestros abuelos de aquellos tiempos eran extraordinariamente bárbaros y duros de corazon.

El castillo habia costado á Pero Cantueso de la Redondela, á quien el Cid habia encomendado tomarle, cincuenta escuderos muertos y otros ciento heridos.

Pero ¿qué habia que se opusiese á los escuderos de aquel héroe, casi casi tan héroes como él?

La Puebla de Alfagor, que así se llamaba entonces la que hoy se llama de la Mujer Muerta, fué entrada á sangre y fuego, y degollados, como lo habian sido los defensores del castillo, sus habitantes.

La villa era rica, y como poblacion rural, extensa.

Centenia más de mil vecinos.

A más de su grande aljama ó mezquita mayor, tenia otras cuatro mezquitas secundarias: la de Alboacen, la de Al-Mostansir-Billah, la de la Axarquia y la del Garb.

Toda la Puebla era llamas que consumian los cadáveres calientes aún, y aun los moribundos, y aun los heridos, de la brava poblacion mora.

Sus muros habian sido aportillados, y por ellos habian entrado, como una maldicion de Dios, los quinientos escuderos que mandaba en nombre del Cid el bravo Pero Cantueso.

La gran mezquita aparecia envuelta en llamas, que se levantaban á una altura mayor que la de su esbelto alminar, y en fin, toda la villa era una hoguera.

Sólo al Poniente de ella habia un pequeño barrio aislado por dos barrancos, en el cual no habia prendido el fuego.

En el centro de este barrio se alzaba la pequeña mezquita ó mirab del Garb.

Su morador, esto es, su sacristan, era un sacristan muy distinto de los sacristanes de hoy.

Si á un sacristan contemporáneo, salvas rarísimas excepciones, le entregasen la defensa de

su iglesia y del barrio adjunto á ella, ya podeis suponer lo que sucedería, suponiendo que nadie pudiera confiar la defensa de nada á un sacristan moderno, persona de suyo, hecha por Dios, para no guardar otra cosa que la cera que roba, y no solo para tener un inconmensurable miedo propio, sino tambien para comunicárselo á los demás.

Pero Musay-Koixa-el-Ferax, esto es, el portaestandarte, era un tremendo moro como de cincuenta años de edad, membrudo, atlético, de luenga barba gris, que además de cumplir con todos los deberes de sacristan de la mezquita, se cargaba, siempre que era menester, un arnés de tres arrobas de peso, embrazaba una enorme adarga bacarí de tres suelas, redoblaba con láminas de acero, cabalgaba sobre un fuerte caballo de catorce dedos sobre la marca, bastante á soportar todo este peso, empuñaba un lanzon semejante á un pino, y con este revestimiento, y esta cabalgadura y este talante, se entraba por los infiernos como un demonio encendido y se llevaba por delante lo que encontraba, como se lleva el viento las hojas secas.

Era sacristan porque le gustaba las cosas de Dios, y se perdia por subir á lo alto del alminar en cada una de las cinco horas de la oracion pa-

ra gritar desde allí con su voz estentórea que no necesitaba por cierto bocina para hacerse oír á una inmensa distancia: "Creyentes, no hay más Dios que Dios, el Altísimo y Unico; Dios es grande; solo Dios es vencedor; acudid á la oracion." Cosa que gritaba cinco veces al dia porque eran cinco las oraciones de los musulmanes; la del alba, la de la salida del sol, la del Mediodia, la de la puesta del sol, la de la noche, esto es, la de azohbi, la de adoa, la de adoar, la de almagreb y la de alatema.

Pero al mismo tiempo, su celo religioso, su valor cívico y su influencia política, que era el tal jefe de partido, y partidos habia entonces como ahora y aun entre los moros, le impulsaban constantemente al combate, ya contra los cristianos en nombre de Dios, ya en las revueltas civiles en que se debatía el dominio de un partido sobre otro partido, ó más bien de una tribu sobre otra tribu.

Muzay-Koixa-el-Ferax, era formidable.

Manejaba la barra de tal manera que nadie la ponía más allá que él.

Luchaba con tal pujanza, que aún á los toros, midiéndose con ellos brazo contra cuernos, los rendía.

Pulseando no habia quien le venciese.

Apercibióse de ello Ben-Koixa, y como la temeridad está muy lejos de ser el valor, volvió rápidamente las espaldas en cuanto comprendió que si persistía seria cercado, dominado y muerto, y con aquella su velocidad que Dios le habia dado, en dos segundos se puso fuera del alcance de sus enemigos, y se amparó de su barrio del Garb, ó del Poniente, que, como ya hemos dicho, estaba separado de la villa por dos barrancos que concluían en la terminación de la calle Real.

Ocupaba el barrio una pequeña altura,

Muzay-ben-Koixa barreó las calles, como si dijéramos, las cerró con barricadas.

Acudió á todas partes, y convirtió el barrio en una fortaleza que los escuderos del Cid, ya incendiada é incapacitada la villa, hubieron de asaltar á todo trance, quedándose muchos de ellos en el combate sin vida.

Pero ya se ha dicho.

A los escuderos del Cid no habia cosa que se les opusiese.

Los barreamientos de las calles fueron superados, muertos sus defensores é incendiado el arrabal.

Ben-Koixa, bramando como un toro rejonado, como un leon herido, se recogió á la mezquita, que aunque pequeña, era muy fuerte.

Pero no habia medio de incendiarla.

La torre y sus muros eran de una argamasa durísima, semejante á la roca, y su puerta de cedro, cubierta de redobladas planchas de hierro, con una clavazon enorme, y asegurada por dentro con barras y puntales, resistia al ariete, ni más ni ménos que si hubiera sido una muralla. y de su torre y de sus matacanes llovian piedras sobre los cristianos, y de sus saeteras partian con una fuerza bárbara fuertes y pesadas jaras que herian en ellos y los diezmaban.

El feroz Pero Cantueso, en cuyo fortísimo arnés rebotaban jaras, venablos y cuadrillos, sin hacer otra cosa, cuando más, que arañarle, blandiendo un tremendo espadon que no se comprendia cómo hubiese brazo que bastase para servirse de él, excitaba á los que manejaban el ariete que allí habia sido llevado, y que á cada paso se veian obligados á abandonarle, por la lluvia de piedras que sobre ellos caia.

Gemia y retumbaba bajo sus poderosos golpes la puerta, pero sin ceder, y Pero Cantueso bramaba de coraje, temiendo verse obligado á retirarse por la disminucion de su gente, vencido por un sacristan, y enviaba por más gente al castillo, y áun del castillo partian ginetes corredores á avisar al Cid, que con los reales de Al-

fonso VI, estaba á seis leguas de distancia de la fortaleza de Alfagor.

No aprovechaban los refuerzos que venian, porque la merma de los combatientes cristianos continuaba siendo enorme.

No parecia sino que la puerta de la mezquita estaba encantada, segun lo que resistia al ariete.

Por un milagro podia decirse que no habia sucumbido Pero Cantueso, porque, á la verdad, él no esquivaba el peligro, y más de cien pedruscos habian pasado por cima de su cabeza á sus piés, zumbando, sin tocarle, aunque esto sólo habia sido muchas veces á un dedo de distancia de sus hombros ó de su cabeza.

Trajéronse escalas.

Pero el adarve era muy alto, y las escalas se quedaban cortas.

Al fin Pero Cantueso mandó se juntaran dos escalas por medio de cuerdas, y gracias á esta industria pudo alcanzar la escala al adarve.

Ballesteros tiraban al punto donde se apoyaba el extremo de la escala.

El incendio de la villa producía una luz clarísima, pero roja y terrible.

Insensatez hubiera sido en los de adentro asomar los cuerpos por las almenas para asir el extremo de las escalas y volcarlas.

Hubieran sido indudablemente muertos.

Cien ballesteros, alternando en sus disparos, mantenian constantemente diez jaras sobre aquel punto.

Pero Cantueso, que sabia y practicaba el principio de que si el caudillo quiere ser secundado ha de ser el primero en el peligro, trepó el primero por la escala, siguiéndole diez hombres escogidos, que era todo lo que la escala podia sostener.

Llegó rápidamente al adarve Pero Cantueso.

Saltó sobre las almenas y se encontró en el estrecho banco del muro, en un callejon estrecho, entre las almenas y otro muro más alto en que se abrian pequeños agimeces que daban luz á la mezquita, y frente á frente de un morazo atlético que no era otro que el mismísimo terrible sacristan Muzay-ben-Koixa-el-Ferax, que no habiendo tenido tiempo para acudir á todo ni de acabar de armarse, no tenia más armas que su capacete, su adarga bacarí y su hacha de armas.

Ahora bien, en el punto en que el alcaide Pero Cantueso de la Redondela saltó dentro de las almenas, una enorme piedra arrojada de la torre de la mezquita dió en la escala y la volcó con los diez hombres que sustentaba, que desde

una gran altura fueron á chocar contra el duro suelo del cual no se levantaron, y como arreciasse la pelea, los escuderos que ya no tenian la voz de su alcaide para que los alentáse, abandonaron el ariete y se pusieron á distancia, limitándose á jugar de las ballestas, que ningun efecto producian, porque si bien algunas jaras penetraban por las saeteras de la mezquita, la mayor parte de ellas iban á quebrarse contra los roqueños muros.

Podia darse por perdido al bravo Pero Cantueso.

Pero éste, rápido como el pensamiento, furioso y terrible como la tempestad, cayó con su espadon, manejado á dos manos, sobre el tremendo sacristan, y como no hay valiente que no dé un dia con la horma de su zapato, sintióse aturrido por la granizada de tajos que sobre él llovía el bravo y formidable Pero Cantueso.

Y era el caso que otros moros que en el mismo banco del adarve se encontraban, nada podian hacer, porque era tan estrecho el lugar, que solo tenia cabida para un hombre de frente, y Pero Cantueso tenia guardada la espalda por el muro de la torre.

Los que en lo alto de la torre estaban, no po-

dian tirar piedras sobre él, porque se exponían á matar á Muzay-ben-Koixa.

Este habia tenido la desgracia de que uno de los primeros y furiosos mandobles de Pero Cantueso resbalando por el astil de su hacha, le alcanzase la mano, y como no tenia guantelete, allá fué la mano cortada como si hubiera sido de alcorza, y aunque á pesar de esta gravísima herida Muzay-ben-Koixa se reparase con la adarga, le aprovechó de poco, porque de una parte la pujanza del castellano, de otra el vértigo que le produjo la gran pérdida de la sangre, dieron con él en tierra.

Sobre él saltó como una pantera el incontrastable Pedro Cantueso, y acometiendo á los seis ú ocho moros que en el adarve habia, por encima de ellos pasó, tendiéndoles sucesivamente y con una rapidez extraordinaria bajo el filo de su espadon.

Halló una puertecilla oscura al extremo del adarve.

Por ella metióse con su espadon de punta.

Habia hallado la estrecha rampa de una torre que se torcia en tramos en ángulo recto, sin que su espada tropezase con ningun enemigo.

Todos los defensores que en la mezquita habia, eran, á más del sacristan vencido, aquellos

diez moros del adarve, vencidos tambien, otros cinco que en lo alto del alminar arrojaban piedras y seis ú ocho repartidos en las saeteras.

Por la rampa habia llegado el alcaide al cuerpo mismo, á la nave de la mezquita.

Estaba ésta llena de gente inútil, de niños, mujeres y ancianos que allí se habian recogido.

Pero Cantueso, irritado, fuera de sí, avanzó hácia el fondo de la mezquita, hacia el mirab ó lugar de la adoracion, donde aparecia abierto un rico ejemplar del Koran.

Pero Cantueso heria á diestro y siniestro produciendo ayés, gemidos, gritos, espanto.

Aquella mísera multitud se agolpaba hácia el mirab, apiñada, temblorosa, aterrada, dando alaridos, y el implacable Pero Cantueso se abria paso, hiriendo sobre aquella masa inerte y mezquina.

Pero al llegar á las gradas, sobre las cuales se alzaba el mirab resplandeciente de oro y colores, Pero Cantueso se detuvo.

Su espada dejó de herir, y un extraño pavor le pasó de la cabeza á los piés.

Tembló todo.

Se le nublaron los ojos, y cayó de rodillas.

Esta sangrienta, esta lúgubre, esta horrorosa escena, se dejaba ver á la luz opaca de las lám-

paras de la mezquita, extendidas á lo largo de su nave en número de siete.

Esta luz era bastante fuerte para dejar ver todos los detalles.

Las lámparas eran de seda blanca, como si dijéramos, faroles, que en vez de cristales tenían una tela de seda muy trasparente.

Esta luz, blanca, daba á todo un efecto fantástico.

Muy cerca del mirab esparcía su luz una de estas lámparas, y de pié, delante del mirab, con la mano puesta sobre el pecho, como si hubiese querido contener la sangre de una herida, enrojecida por esta sangre la blanca vestidura, apoyada con la trémula mano izquierda, en el borde del ara del mirab, habia aparecido ante el alcaide Pero Cantueso, una mujer alta, esbelta, cubierta por una túnica blanca, tendidos los cabellos de oro, pálida, con los ojos garzos, inflamados por una expresion extraña, poderosa, incontrastable.

La hermosura de esta mujer, de esta jóven, que apenas si llegaba á los quince años, resplandecía.

Pero Cantueso creyó tener ante sí un arcángel.

Aquel arcángel le miraba de una manera sombría y terrible.

Parecia como que con su profunda y sobrenatural mirada le decia:

“¿Y sois vosotros los que os llamais hijos de un Dios de paz, de mansedumbre, de perdon y de misericordia, los que os ensangrentais en los niños, en los viejos, y en las mujeres? Andad, sanguinarios y réprobos, que un dia ese Dios de la misericordia, que es tambien el Dios de la justicia y de la venganza, os medirá con el mismo rasero con que vosotros habeis medido.”

—Ah! no! no!—exclamó de rodillas ya Pero Cantueso, extendiendo sus brazos trémulos á aquella aparicion celeste,—no se verterá más sangre! no, no morirá ninguno de los que aquí tienen vida! pero no me maldigas tú, arcángel, tú que has ablandado mi corazon y me has hecho temblar y caer de rodillas!

—Oh! maldito seas tú, cristiano, y los que contigo vienen y ese sanguinario Cid cuchillo de los buenos creyentes, defensa del islam, y maldito sea tu rey Alfonso y todos sus caballeros y con ellos sus hijos y sus generaciones hasta el fin de los siglos!

Y la hermosa doncella palideció más.

Tembló.

Se doblgó y cayó por tierra.

Pero Cantueso se levantó despavorido.

Acudió á ella.

Ella le miró con una postrera mirada de maldición, y luego sus hermosos ojos se fijaron, se empañaron.

Su cuerpo tomó el aspecto de la muerte y quedó inmóvil.

Pero todavía con la mirada terrible.

Aquella desdichada era hija adoptiva de Muzay-ben-Koixa y tan brava como él.

A su lado habia sido herida por una jara.

Apenas si habia tenido tiempo para descender de los adarves para ir á buscar socorro para su herida entre la gente que en la mezquita habia.

Ella habia visto morir á sus amigos y apenas si la habian quedado fuerzas para mostrarse de pié junto al mirab, ante el alcaide Pero Cantueso.

Este se habia sentido cogido á pesar de que ya era de edad proveya, casado y con hijos, de un amor súbito por la hermosa doncella mora.

El hubiera dado su vida por salvarla.

El al verla ante sí, muerta, sintió lo que nunca habia sentido: una angustia de muerte en el corazon, horror de sí mismo, espanto de la sangre.

La miraba asombrado, enloquecido, y dudaba de si habia muerto ó nó.

Aún dura la esperanza en el corazon del hombre por la criatura que ama, despues de que la ve muerta, de que la siente helada.

Aún espera que reviva.

Pero Cantueso se arrojó enloquecido á la puerta de la mezquita, arrancó con sus fuerzas de toro los puntales, desaferró las barras, descorrió los cerrojos, abrió de par en par las dos hojas, llamó desesperado á los escuderos, y se volvió al mirab para tomar sobre sus hombros á la hermosa doncella muerta; para sacarla, para buscar socorro, no creyendo aún en su muerte,

Pero antes de llegar al mirab vió que un sér monstruoso, un jorobado negro, cuyos ojos relucian como carbunclos y eran feroces como los de la hiena, asia por la cintura el cadáver, le levantaba sobre sus hombros y partia con él á grandes saltos, á saltos de tigre, hácia la puerta ya franca de la mezquita.

Pero Cantueso se precipitó tras él.

Habia perdido su espada abandonada por el asombro y por el pavor.

Habia arrojado su adarga á la carrera y se habia desembarazado del capacete, de la coraza, de los brazales, de las grevas, para correr más.

Únicamente no habia podido despojarse de los pernales.

Hubiera tenido que detenerse para ello.

El monstruoso negro que habia asido el cadáver de la hermosísima doncella continuaba sus poderosos saltos.

Pero Cantueso le seguia sin perderle.

Tras el alcaide corrian los escuderos ballesteros, más ligeramente armados y que por consecuencia podian correr más.

Aquella carrera de veinte ó veinticinco hombres el uno tras el otro, siguiendo á un sér monstruoso, que no corria, sino que saltaba, y que conducia sobre su encorvada espalda el blanco cadáver de la hermosa mora, tenia algo de diabólico, visto á la rojiza luz del incendio.

El negro, el mónstruo, el corcovado, salió por el extremo de la calle Real de la villa, y se lanzó á través del valle que existe entre ella y lo que entonces se llamaba caserío y castillo de Alfagor.

Ahora bien, al fin de este valle, en el comienzo de una áspera cuesta, entre breñales y peñascos que al castillo subian, en una pequeña y desnuda meseta, con un ancho y profundo brocal deslabrado, habia un antiquísimo pozo del cual aún quedan señales.

El negro llegó, saltando siempre, al brocal del pozo.

Tras él corriendo, llegó el alcaide Pero Cantueso.

Tras el alcaide los escuderos ballesteros.

El negro se detuvo sobre el mismo brocal.

Pero Cantueso lanzó una tremenda carcajada de loco.

Tenia su presa.

El negro no podia escapar.

Detrás de él se levantaba una tajadura, y el sendero se torcia por la derecha, serpenteando por la cumbre.

Llegaba hasta allí el reflejo del incendio de la Puebla de Alfagor.

Pero cuando el alcaide tendió los brazos al blanco cadáver pretendiendo arrebatarlo, el negro patizambo y corcovado, que le miraba de una manera siniestra; éste mónstruo, con un rápido movimiento, se dejó calar por el brocal del pozo é instantáneamente desapareció, llevándose consigo el cadáver de la hermosa doncella.

Pero Cantueso lanzó un rugido de rabia.

Se asomó al brocal del pozo y miró á su fondo.

Nada vió más que tinieblas.

Nada oyó, nada sintió, nada más que la sombra y el silencio.

Así permaneció el alcaide.

Así permanecieron los escuderos que le habian

seguido y que como él se habían abalanzado al brocal del pozo y á su fondo miraban.

—¡Cuerdas! ¡Cuerdas!—gritó Pero Cantueso y alzándose del brocal corrió hácia la cumbre saltando con una fuerza prodigiosa, con una rapidez increíble, las escarpaduras del sendero.

¡Cuerdas! ¡cuerdas! —decían los escuderos que le seguían.—Mas valiera que el señor Pero Cantueso estuviese todavía cuerdo.

Los escuderos no podían dudar de que su alcaide se había vuelto loco.

Se tomaron cuerdas en el castillo y se procuró descender al fondo del pozo.

Pero el pozo era interminable.

No se encontraba su fondo.

A más de esto, cuando se llegaba á cierta profundidad, de lo misterioso, de lo inmensurable de aquel abismo, salía un tristísimo suspiro, y tan temeroso que los más alentados, trepaban despavoridos por la larga escala, y cuando al brocal llegaban, partían á la carrera transidos de espanto.

Se desistió al cabo de procurar llegar al fin de aquel pozo insondable, como se desesperó también de volver á la razón al mísero Pero Cantueso.

Y no se conocía que estaba loco más que por estas palabras que decía á cada paso:

—¿Habeis visto á la Muerta de Alfagor? La ví anoche. Qué hermosa es! Para mí no ha muerto: ella me busca, ella me sigue, ella me sonríe, ella me ase por la mano y me lleva al pozo de los suspiros.

Y como no tenía más que esta locura el alcaide Pero Cantueso, y como con su locura seguía siendo un buen soldado, en la alcaidía del castillo de Alfagor y de la inmediata villa, dejóle el rey Alfonso VI, como el Cid le dejó el cargo de alcaide de sus escuderos.

Pero tanto y tanto repitió Pero Cantueso su leyenda de la Mujer Muerta, que cuando se emprendió la reedificación de la villa de Alfagor, el rey D. Alfonso mandó se pusiese á la villa el nombre de Puebla de la Mujer Muerta, y que este mismo nombre tuviesen el castillo y el cerro sobre que el castillo se levantaba.

Después la tradición dió al pozo, que á la falda del cerro entre los peñascales se encontraba, el nombre de *Pozo de los Suspiros*.